

113

Costa Rica Ilustrada.

REVISTA DE CIENCIAS, ARTES Y LITERATURA.

DIRECTOR,—PROSPERO CALDERON.

REDACTOR,
CARLOS GAGINI.

Precio de Suscripción.

EPOCA 2ª

NUM. 25.

Redacción y Admón.

En Costa Rica \$ 1-25. Trimestre adelantado.
En el extranjero, 1-50. " " "
Nos. sueltos, \$ 0-25. Nos. atrasados, \$ 0-50

San José, 31 de Marzo de 1891.

Frente á la oficina de telégrafos.

SE PUBLICA CADA DIEZ DIAS.

ROMANTICISMO.

*Eres ángel venido de otra esfera
la tierra á engalanar con tu hermosura:
de matinal estrella la luz pura
en tu dulce mirada reverbera.*

*Flor no tiene la mágica pradera
que no te brinde aromas y frescura,
y acarician las auras con ternura
los rizos de tu blonda cabellera.*

*Mi bien! Yo te amo como se ama al cielo,
como á la luz la mariposa inquieta,
y como ama el guerrero su estandarte.*

*Tal dije á Carmen. No mordió el anzuelo,
y contestó: Palabras de poeta!
Vaya U. con su música á otra parte.*

RICARDO PALMA.

SUMARIO.

EL SARGENTO GERARD, por C. Gagini.—A UNA ESTRELLA, por Ruben Dario.—SILVIA, por J. J. Noriega.—LA ESCANCIADORA DE SAMARIA, por T. Corpancho.—EL CHIQUILLO ESPÍA, por A. Dandet.—LA PATTI Y EL RUISEÑOR, por Fernanfior.—LA CUSTODIA DE BOQUÍ, por Ricardo Palma.—PALOS Y VARAPALOS, por C. Gagini.—LA ODA AL NIÁGARA, por F. Gavidia.

EL SARGENTO GÉRARD.

[Continuación.]

IV

Los alrededores de París, sumidos en profunda oscuridad y cobijados por un cielo anubarrado, no dan señales de vida. A lo lejos se divisa la ciudad constelada de chispas brillantes, con sus grandes edificios que se destacan entre los resplandores del gas como caprichosas recortaduras de papel negro. Por el lado de Villejuif no se oye rumor alguno: allí, sin embargo, en medio de aquella naturaleza adormilada, dos ejércitos se acechan en la sombra, abandonan el uno sus gurbies y el otro sus tiendas, y van á ocupar sus puestos de combate con esa actividad silenciosa que sólo se advierte en las hormigas cuando acopian provisiones y en los hombres cuando tratan de destruirse mutuamente.

Detrás de las alturas ocupadas por los defensores de París, están los prusianos escondidos en los bosques. Ninguna hoguera brilla en ambos campamentos. En una eminencia que forma parte de la línea francesa se hallan en posición dos baterías de artillería, sostenidas por un batallón de infantería cuyos soldados descansan envueltos en sus capotes. Aquellos pobres parisienses, casi todos bisoños en el arte de la guerra, á pesar del cansancio de la jornada conversaban alegremente en voz baja, sumamente excitados por el encuentro que debía verificarse al amanecer, mientras los veteranos dormían tranquilamente á su lado como hombres que saben por experiencia que es preciso dormir para vencer.

A cosa de las once y media se acercó á aquel paraje un grupo de cuatro ginetes precedidos de un guía con un farol. Todos los soldados despiertos se pusieron en pie, y los oficiales se acercaron respetuosamente al que hacía de jefe de la ronda, exclamando: ¡el general Vinoy!

El general paseó á su alrededor una mirada escrutadora; y así que por medio de las cónicas preguntas se hubo cerciorado de que las tropas se hallaban en sus puestos, interpelló de este modo á un militar de elevada estatura y bigote cano:

—Capitán Malot ¿hay entre vuestros muchachos alguno que conozca palmo á palmo desde aquí á Versalles?

—Si me permitis, mi general, os traeré algunos y vos mismo podréis escoger el que os guste.

El capitán se alejó y volvió á poco seguido de varios soldados.

¡Hola amigos! necesito que uno de vosotros vaya á Versalles ahora mismo y me venga á contar lo que hay por sus cercanías.

No ignoráis que los cascos puntiagudos andan por allí. El que vaya debe conocer el terreno como su propia casa, debe tener la astucia del zorro y el arrojo del león, y no ha de estimar en mucho la pelleja: si vuelve hallará un ascenso. ¿Cuál quiere ir?

Yo, mi general, dijo una voz: y á la luz del farol se vió adelantarse á un joven que lucía sobre sus hombros las charreteras de sargento.

Era Emilio Gérard.

—¿Estás decidido?

—Completamente.

—Bien: dejarás el fusil y la mochila; llevarás sólo un revólver.

Al decir esto el general Vinoy se quitó uno magnífico que llevaba al cinto, y se lo alargó diciéndole:—Procura volver.

Diez minutos más tarde el intrépido sargento dejaba atrás las avanzadas francesas y marchaba á campo travieso á cumplir su encargo. Conocedor del país como pocos, caminaba con paso seguro y rápido. Parecía, no obstante, absorto en profundas meditaciones. ¿En qué pensaba? Fácil era adivinarlo: pensaba en su adorada María, de quien se había despedido aquella misma tarde en el bulevar Arago; pensaba en las lágrimas que la joven estaba vertiendo sin duda por su causa, en la dulce conversación que la víspera había tenido con ella en el Luxemburgo, en lo que María le había dicho dos días antes en aquel mismo banco, testigo de todas sus protestas de amor. La salida que él había anunciado á su amada para el día 21, no se verificó hasta el 22 por la tarde: de suerte que habían podido hablarse otra vez en el mismo sitio y ¡qué de planes forjaren para lo porvenir! cuánta felicidad soñaron para cuando terminada aquella funesta guerra uniera para siempre un sacerdote aquellas dos almas ligadas ya por inquebrantable afecto!

Por un extraño fenómeno, todos aquellos recuerdos en lugar de infundir desaliento como otras veces en el alma de Emilio, en las presentes circunstancias le daban más ánimo para acometer la arriesgada empresa: no parecía sino que la imagen de María iba á servirle de égida contra los peligros, ó que estuviese allí ella en persona para ser juez de sus acciones y premiar con una mirada lo que él hiciese por la patria.

De pronto se detuvo cual si despertase bruscamente de un sueño. Tenía delante un bosquecillo cuyos perfiles podían distinguirse á favor de la escasísima luz de la luna que comenzaba á asomar, y en el seno de aquella oscuridad había creído percibir un ruido metálico y seco, como el de una bayoneta al ser armada.

Antes que hubiera tenido tiempo de reponerse de la sorpresa, una voz ronca gritó á pocos pasos de distancia:

¿Ver da? (¿quien vive?)

Entonces comprendió el sargento que había caído imprudentemente en medio de una avanzada prusiana. Su primer pensamiento fué arrojar al suelo; pero antes de efectuarlo, brilló un fogonazo y una bala pasó silbando á pocas líneas de su frente. Emilio se dejó caer entre unos arbusto y empuñó el revólver. Poco á poco vió salir del bosque-

unas sombras que avanzaban cautelosamente: eran cuatro soldados prusianos que con el fusil preparado venían en su busca. El sargento apuntó con mano firme, disparó y uno de los enemigos rodó por tierra lanzando un rugido. Los otros tres se precipitaron hacia el sitio en que Gérard estaba: éste se puso en pie de un salto, tendió de un tiro á otro de sus contrarios recibiendo al mismo tiempo dos balazos á quema ropa, que apenas le rozaron la piel, y trató de escapar; pero los dos prusianos restantes le atacaron á bayonetazos. Uno de ellos cayó, herido en la cara por el revólver del sargento; el otro tuvo tiempo de clavarle la bayoneta en el pecho, y el valiente francés, forcejeando aún por disparar su arma, se desplomó sin sentido como una masa inerte, en el momento en que llegaban al sitio del combate numerosos prusianos alarmados por el tiroteo.

CARLOS GAGINI.

(Continuará).

A UNA ESTRELLA.

ROMANZA EN PROSA.

Princesa del divino imperio azul, ¡quién besará tus labios luminosos!

Yo soy el enamorado extático que soñando mi sueño de amor, estoy de rodillas, con los ojos fijos en tu inefable claridad, estrella mía, que estás tan lejos! ¡Oh, cómo ardo en celos, cómo tiembla mi mano cuando pienso que tú, cándida hija de la aurora, puedes fijar tus miradas en el hermoso príncipe Sol, que viene del oriente, gallardo y bello en su carro de oro, celeste flechero triunfador, de coraza adamantina, que trae á la espalda el carcaj brillante lleno de flechas de fuego! Pero no, tú me has sonreído bajo tu palio, y tu sonrisa era dulce como la esperanza. ¡Cuántas veces mi espíritu quiso volar hacia tí y quedó desalentado! ¡Está tan lejano tu alcazar! He cantado en mis sonetos y en mis madrigales tu místico florecimiento, tus cabellos de luz, tu alba vestidura. Te he visto como una pálida Beatriz del firmamento, lírica y amorosa en tu sublime resplandor. Princesa del divino imperio azul, ¡quién besará tus labios luminosos!

Recuerdo aquella negra noche, ¡oh genio Desaliento! en que visitaste mi cuarto de trabajo para darme tortura, para dejarme casi desolado el pobre jardín de mi ilusión, donde me segaste tantos frescos ideales en flor. Tu voz me sonó á hierro y te escuché temblando, porque tu palabra era cortante y fría y caía como fina hacha. Me hablaste del camino de la Gloria, donde hay que andar descalzo sobre cambronerías y abrojos; y desnudo bajo una eterna granizada; y á oscuras, cerca de hondos abismos, llenos de sombra como la muerte. Me hablaste del verjel Amor, donde es casi imposible cortar una rosa sin morir, porque es rara la flor en que no anida un áspid. Y me dijiste de la terrible y muda esfinge de bronce que está á la entrada de la tumba. Y yo estaba espantado, porque la Gloria me había atraído, con su hermosa palma en la mano, y el Amor me llenaba con su embriaguez, y la vida era para mí encantadora y alegre como la ven las flo-

res y los pájaros. Y ya presa de mi desesperanza, esclavo tuyo, oscuro genio Desaliento, huí de mi triste lugar de labor—donde entre una corte de bardos antiguos y de poetas modernos, resplandecía el dios Hugo, en la edición de Hetzel—y busqué el aire libre bajo el cielo de la noche. Entónces fué adorable y blanca princesa, cuando tuviste compasión de aquel pobre poeta, y le miraste con tu mirada inefable y le sonreíste, y de tu sonrisa emergía el divino verso de la esperanza! Estrella mía, que estás tan lejos, quién besara tus labios luminosos!

Quería cantarte un poema sideral que tú pudieras oír, quería ser tu amante ruiseñor y darte mi apasionado ritornelo, mi etérea y rubia soñadora. Y así, desde la tierra donde caminamos sobre el limo, enviarte mi ofrenda de armonía á tu región en que deslumbra la apoteosis y reina sin cesar el prodigio.

Tu diadema asombra á los astros y tu luz hace cantar á los poetas, perla en el océano infinito, flor de lis del oriflama inmenso del gran Dios.

Te he visto una noche aparecer en el horizonte sobre el mar, y el gigantesco viejo ebrio de sal, te saludó con las salvas de sus olas sonantes y roncadas. Tu caminabas con un manto tenue y dorado: tus reflejos alegraban las vastas aguas palpitantes.

Otra vez era una selva oscura donde poblaban el aire los grillos monótonos, con las notas chillonas de sus nocturnos y rudos violines. A través de un ramaje, te contemplé en tu deleitable serenidad, y ví sobre los árboles negros, trémulos hilos de la luz, como si hubiesen caído de la altura, hebras de tu cabellera. Princesa del divino imperio azul, ¡quién besara tus labios luminosos!

Te canta y vuela á tí la alondra matinal en el alba de la primavera, en que el viento lleva vibraciones de liras cólicas, y el eco de los tímpanos de plata que suenan los silfos. Desde tu región derrama las perlas armónicas y cristalinas de su buche, que caen y se juntan á la universal y grandiosa sinfonía que llena la despierta tierra.

Y en esa hora pienso en tí, porque es la hora de supremas citas en el profundo cielo y de ocultos y ardorosos oarystis en los tibios parajes del bosque donde florece el citiso que alegra la égloga! Estrella mía, que estás tan lejos, ¡quién besara tus labios luminosos!

RUBÉN DARÍO.

SILVIA.

Novela del señor Pedro S. Lamas.

(CONCLUSIÓN.)

Se nota mucho empeño en probar que San Martín no era un conquistador, cuando nadie le ha dado al nobilísimo Protector del Perú ese odioso calificativo; y lo que viene á resultar de todo ese farrago de inepticias, es que San Martín se preocupaba más de la forma de su gobierno patriarcal, que de asegurar la independencia del Perú, por el único camino que en tales casos debe seguirse, el cual es el de la guerra. Apercebido el autor de Silvia de esta verdad, agrega como para descargar su conciencia de historiador:

“Pero al mismo tiempo que así procedía de acuerdo con el espíritu de su misión libertadora, probando que era tan buen político como excelente militar, el general, que no olvidaba á *Cancha Rayada* (y el señor Lamas ménos), que no se dormía sobre sus laureles, que conocía la astucia de Canterac, que sabía que dentro de Lima existían numerosos y fanáticos partidarios de la causa del rey, adoptaba todas las medidas de orden y de vigilancia posible y compatibles con las declaraciones de su proclama.....”

El general San Martín conquistó lauros inmarcesibles, y con ellos el más glorioso título que da la Patria á sus mejores hijos: el de Libertador; pero con perdón del señor Lamas, diremos que el ilustre é inmaculado general San Martín no fué gran político como resulta de la Historia, y como el autor de *Silvia* lo ha exhibido en su pseudo, novela.

Salvemos más de la mitad del libro que nos tiene cansados, casi exánimes, y sigamos al autor en su estudio sobre el general San Martín, cuya presencia en la novela es puramente incidental, circunstancia que no ha dejado de causarnos viva extrañeza, porque el señor Lamas trascribe en el prólogo de *Silvia*, un epígrafe digno de tal prólogo, que es como si dijésemos “de tal palo tal astilla,” el cual epígrafe dice:

“La verdad es que al lado de la vida histórica ha existido la vida familiar, así como todo hombre que ha dejado recuerdos, ha tenido un rostro, el novelista hábil, puede reproducir con su imaginación la parte perdida creando libremente la vida familiar y sujetándose estrictamente á la vida histórica en las combinaciones que haga de una y otra para reproducir la verdad completa.”

Creimos, pues, al empezar á leer á Silvia, que el Protector figuraría en ella como personaje activo de la escena, lo cual nos despertó no poco interés, como que somos apasionados por conocer los hechos más triviales y menudos de los grandes hombres; pero hemos llevado chasco, porque la parte muy pequeña que el Protector toma en la escena, es puramente pasiva y forzadaísima además. No ha sido, pues, hábil el novelista “para reproducir la vida familiar” de su héroe; y cuánto mejor para éste, porque si de su vida histórica ha bastardeado tanto ¿qué no hubiera bastardeado de la puramente familiar, que necesita de más delicadeza, de más tino y de más esmerada y fina observación para crearla, siquiera sea para hablar de ella incidentalmente.

En la única escena en que aparece el Protector, se nos manifiesta mal humorado y “reconviniendo con voz de trueno” á un su ayudante, en presencia de dos damas muy pintiparadas que habían ido á solicitar la libertad de uno de los personajes activos de la novela, y que después tendrán la desgracia de conocer nuestros amables lectores. Una de las damas, la más joven por supuesto, se lleva en sus “redes” los pedazos del tiernísimo corazón de nuestro ayudante.

De resto, las veces que en la novela suena el general San Martín, es indirectamente, y en digresiones que sin necesidad

para el desempeño del argumento, nos regala el señor de Lamas. Verbi gracia:

“No hay en la historia un personaje más parco en expansiones, más reservado en lo tocante á las ideas, á los planes, á los sentimientos que lo impulsaban á obrar en ciertas circunstancias, que el general San Martín.”

Tales juicios, pobres de suyo, é impropriamente expresados, solamente nos dicen que el Protector hablaba poco ó nada, único punto de su vida familiar que nos da á conocer el señor Lamas.

El día 7 de Setiembre de 1821 el general realista, contando en sus filas más de 4,000 hombres deplegaba sus columnas en el campo de San Borja, próximo á Lima.

“San Martín evadió el combate, dejándoles á las fuerzas de Canterac, franca la marcha hácia el puerto del Callao, ocupado á la sazón por los españoles á las órdenes del general Lamar.”

Magnífica, estupenda evolución militar!

II.

Dejaremos de mano la desarrapada vestimenta histórica de la pobre Silvia, para tomarla gramatical que, como aquella, da harta tela de donde cortar.

Pag. 47....entre los muertos y desaparecidos se referían nombres de valientes y simpáticos oficiales....”

Habíamos oído hablar, en tratándose de combates, de los muertos, de los heridos, etc., pero nunca de los desaparecidos, aunque si de individuos que no son hrlados. Estos, generalmente son los cobardes que se esconden ó toman las de Villadiego; y mal supondríamos, si creyésemos que el señor Lamas se refiere al “simpático y valiente Alberto” cuando en la misma página leemos: “Contaban unos entre los muertos y otros entre los desaparecidos, el capitán Linares,” que de repente aparece en la escena sin que el señor Lamas nos diga por qué había desaparecido.

Pag 54....“Alberto se había apercebido que su corazón se galvanizaba y que renacían en su pecho (muchas cosas de que privó al lector saber)” etc etc.

Aparte del mal empleo del verbo apercebir, no sabemos qué quiera decir el señor Lamas con eso del galvanismo del corazón.

Pag. 55....“Despertar rencores, celos ó codicias.”

El señor Lamas ó ha olvidado las más sencillas reglas gramaticales sobre el plural de los nombres ó se cree facultado como Presidente de la Sociedad Latino-americana, para tomarse licencias que no son granos de anís.

Pag. 59....“Alberto estaba aterrado: no se acordaba de haberlo visto jamás á San Martín tan vehemente y tan locuaz”....

Quedamos enterados de que San Martín al cabo habló y estuvo locuaz, lo que aterró al delicado Aláerto; pero señor Presidente ¿por qué el enclítico lo como reproduciendo al acusativo que no se ha nombrado, y que por el contrario le precede? Pero son preguntas necias, cuando el mismo vicio lo trae el libro en las páginas 39, 153, 203, 349, 251 y 297

Pag. 60....“Solo tuve tiempo para constatar....”

Constatar (por averiguar, comprobar) del francés *constater* es un galicismo imperdonable. El autor de Silvia es muy dado á este vicio del lenguaje, tiene galico-manía, y solo con respecto al que, se peca en el libro

en las pag. 108, 129, 145, 150, 189, 307 y sabe Dios cuántas más. Si *Silvia* está *galicada*!

Pag. 26. "El general continuaba su paseo *sicencioso* ahora; sus ideas parecían haber tomado un diferente giro. . . ."

Giros diferentes de los que prescribe la gramática son los que toma el señor Lamas; y el que apuntamos nos recuerda aquello de "en una de fregar cayó caldera;" trasposición se llama esta figura.

Pag. 66. "El joven sintió en su pecho como algo que se despertaba, como algo que se conmovía."

Señor Presidente de la *Sociedad Latino-Americana*, esos "comas" estén en la frase "como pedrada en ojo de tuerto," como dice el refrán.

Pag. 71. . . . "pero no es *menos* verdad que si han habido palabras que si han habido palabras que revelan exaltación."

Qué auto-idad le quedaría al autor de *Silvia* cuando se deja sorprender con errores tan garrafales como los que apuntamos? Un escolar los corrije y le da al señor Lamas lecciones de gramática elemental.

Pag. 75. "Y es á vos señor, á quien debe mi padre la vida; fuisteis vos que la arriesgasteis por él. . . . que apartasteis de su pecho á los que lo agredían. . . . sois noble y generoso."

En lugar de *que* ha debido emplearse *quien*, por ser el relativo de persona; y en ese caso, los verbos arriesgasteis y apartasteis, pedían la tercera persona. Bien se ve que los gatzfatoes no son repulgos de empalizada.

(Continuará.)

La Escanciadora de Samaria.

POEMA BÍBLICO.

Camino del arroyo.—Sueños y danzas.—El recreo.—La Samaritana.—Jesús de Nazareth.—Perfil histórico.—El encuentro.—Parábolas.—La Sibila de Cumas.—La nueva idea.—Al borde de la fuente.—Tolerancia y piedad.

¡Siglos pasaron ya! Y aun me parece de cristalino arroyo en la ancha curva, cuando el Sol con más brillo resplandece ver de mujeres bulliciosa turba.

Con relucientes cántaros de arcilla, matizados de fúlgidos destellos, inquietas vienen á la fresca orilla, y allí, doblégan los ebúrneos cuellos.

Las quemante arenas del camino, ígneas centellas de chispeante fragua, á los rostros dan tinte purpurino, y hacen soñar con surtidores de agua.

Todas allí, de los guijarros de oro tras el cristal azul ven la vislumbre, de esbelto inmarcesible sicomoro bajo la agreste y oriental techumbre.

Y después, que al espejo de las ondas le pidieron mirajes halagüeños, entregáanse al amparo de las frondas á la ebriedad de voluptuosos sueños.

¡Vedlas! . . . En caprichosas actitudes como las aves de la selva umbría, cantan con los acentos de laudes pulsados por los céfiros del día.

Unas, librando á la cabeza enhiesta del calor abrasado del turbante, buscan en las delicias de la siesta etéreos goces para el pecho amante.

Otras, que arrancan con gentil sonrisa, frutas entre las ojas de esmeralda, sienten jugar á la parlera brisa con sus cabellos por la nivea espalda.

Bellas cual del Jordán las mariposas, dos jóvenes en dulce confidencia, con manos de azucenas y de rosas labios ocultan de divina esencia.

En el ambiente gime el arpa eólica con que sueñan las almas orientales, y de un turgente seno, una magnolia perfuma los suspiros virginales.

Pero sueñan los címbalos vibrantes como evocando muertas esperanzas, y las romanas túnicas flotantes revuelan en los giros de las danzas.

Olvidanse al instante las congojas del malogrado juvenil anhelo, y los ligeros pies, sobre las hojas dejan sus huellas sin tocar el suelo.

Van y vienen con lazos desceñidos, cual cisnes que agitaran su plumage, delante de los cántaros, que henchidos á las auras refrescan del paisaje.

Empero, al refulgir de los espacios, y del valle en el ámbito sonoro, diamantes y rubíes y topacios al ver pasar en ramilletes de oro;

Lejos, allá en comarca solitaria, de las bellas esperan el regreso, todos los moradores que en Samaria del Sol reciben el candente beso.

Y al fin, cuando en los cielos reverbera el Sol, y aun mata el abedul silvestre, cantando vuelven en confusa hilera con los recuerdos del placer campestre.

Prívanse de zarcillos, brazaletes, modulando el Cantar de los Cantares; y tornan con esencias y pebetes á embalsamar los sacrosantos lares.

Una sola, que amor inmenso afiige, y que el ocio vulgar nunca consiente, otra vez por la senda se dirige que conduce á las aguas de la fuente.

Recorre la extensión de la ancha vega, meditabunda, con el paso incierto, y su gallarda frente se dobléga como flor abrasada en el desierto.

Sufre el dolor supremo de la vida, el que extingue la fe en los corazones, en medio de la calma aborrecida que dejan al morir las ilusiones.

Amó, sin ser amada, con locura, soñando con idólatras excesos; y hoy sólo tiene el ¡ay! de la amargura, y el eco tenue de vibrantes besos.

En la mundana escena borrascosa nadie con ella dividió sus penas; fué lo que es siempre la mujer hermosa, una triste cautiva entre cadenas.

Ansias de bien y de cariño eterno son los móviles santos de sus días, antes que venga el aterido invierno con su austru roncó y con sus noches frías.

No la arredra en el mundo del reposo hundir por siempre su fatal belleza; sólo quiere que el Sol esplendoroso no alumbre un día su mortal tristeza.

¡Ah, vedla! . . . Es un dechado de ternura que al Cielo envía fervorosas preces, aunque apuró en insomnios sin ventura de amargo cáliz las salobres heces,

Tierno es su corazón como las flores que la niebla circunda de albos velos, cuando pasa el terral con sus furores, heraldo del aljófár de los cielos.

¡Miradla! . . . Como Ruth tras las espigas por los campos de Booz, no corre ufana: va á calmar cual Rebeca sus fatigas, en limpia fuente de mansión cercana.

El silencio que reina por doquiera la induce á deleitarse en sus memorias; que nada halaga más y desespera como el recuerdo de pasadas glorias.

Mas de improviso tiende la mirada Por la atmósfera en vago devaneo, y quedase, al instante embelesada, absorto y mudo su tenaz deseo.

En medio del poético paraje que ufano lleva de Jacob el nombre, de un árbol bajo el lúcido ramaje vió en inoponente soledad á un hombre.

Jamás sintió los ímpetus fervientes de postrarse de hinojos en el suelo, como al mirar las líneas elocuentes de faz que nunca conoció modelo.

Efluvios de secreta simpatía súbito despertaron su organismo; mientras su voluntad languidecía al poder de invisible magnetismo.

¡Quién, así, las azules lontananzas entrega al corazón adolorido, haciendo renacer las esperanzas del fondo oscuro del eterno olvido?

¡Jesús de Nazareth! . . . Oh! cuán hermoso resplandece el perfil de su semblante, como encanta el estético reposo que hay en las formas de su real talante.

Los abundantes bucles ambarinos que tantas veces perfumó María, prestan sombra á sus ojos cristalinos que centellean con la luz del día.

Luce la vestidura nazarena con humildad que admiración provoca; su rostro anubla inconsolable pena, nunca la risa acarició su boca.

¡Qué busca allí, perdido, solitario, lejos de la Salén de áureas colinas? ¡Por qué huye del estrépito nefario que siguió á sus parábolas divinas?

¡Viene del campo en la solemne calma á sentir la fruición del aislamiento; en lo infinito á sumergir el alma; á darle libertad al pensamiento!

¡A meditar en los hermosos días que burlan de los tiempos el conjuro; aquellos que en los cantos de Isaías brillan como alboradas del futuro!

Su libérrima sed que intensa hierve amortigua el fragor de sus deseos; ¡No esperéis que su espíritu se enerve! ¡No se rinden jamás los Macabeos!

Como á los astros, argentada lumbre, la sublime verdad de su doctrina, envuelve á la revuelta muchedumbre que ignara y ciega en el error camina.

¡Nuevo Moisés, los ídolos derroca, el día anuncia de una edad preclara, y de los siglos la gigante roca ábrese al golpe de su humilde vara!

¡De la Justicia el profanado nombre audaz defiende con el alma herida; y al sér abyecto, lo transforma en nombre, con la promesa de otra nueva vida!

¡Hijo del pueblo, la igualdad proclama,
que no le teme á pretorial censura;
y la púrpura real, siente la llama
que arde en el seno de la plebe oscura!

De sus ideas en el raudó giro
anhela el soplo de aura lisonjera,
y en el umbrátil, seductor retiro,
respira de la límpida pradera.

Y la infeliz mujer que abandonada
creyóse del camino en la inclemencia,
tuvo la compasión de una mirada
que en la noche irradió de su existencia.

La sombra impura del afán mundano
borróse, cuando oyó en lenguaje terso:
"Del hombre, el hombre será siempre hermano,
"Dios es la luz y amor de universo.

"La humanidad oon su inmortal creencia,
"peregrina del tiempo y del espacio,
"en pos de la Suprema Ynteligencia
"cruzará errátil el azul palacio.

"¡Nunca el mal triunfará!... Y aunque la duda
"ciérnase en las conciencias, pavorosa,
"la caridad que al desvalido escuda
"á los protervos hundirá en la fosa.

¡Murmuró, así, Jesús!... Y la afligida
solitaria mujer sintió un consuelo;
aclaróse el arcano de su vida,
Y otra sed la abrasó: la sed del Cielo.

No buscó más, fanática venganza,
perenne asedio de un error estulto,
y vió en raptos de mística esperanza
al Orbe todo en la fusión de un culto.

En auroras sin fin, purpúreos soles
rasgaron las tinieblas del pasado,
con su enjambre de vivos arboles,
allá en la cumbre del cenit dorado.

El horóscopo fiel de la Sibila
que arrullaron las ondas del Tirreno,
en su inspirada concepción oscila
cual en la nube fulminante trueno.

Sus altares de ayer, hechos pedazos
cayeron en fragoso cataclismo;
y de la duda sin los férreos lazos
el Sol la deslumbró del Cristianismo.

Del sueño de oro de la nueva idea
la despertó la luz de un mundo ignoto:
que ya su pensamiento se pasea
sereno y libre en porvenir remoto.

Sus nervios agitó fugaz corriente,
de eléctrica centella repentina,
y visiones pasaron por su mente
en asombrosa procesión divina.

Dióles brío á sus pasos vacilantes,
y al margen del arroyo codiciado,
precipitó las ondas abundantes
al fondo de su cántaro abrasado.

Jesús, que bajo el árbol corpulento
del fatigoso viaje descansaba,
irguióse, y modulando un suave acento,
del agua la pidió que allí manaba:

Y ella dióle con íntima ternura,
sorda al odio letal de Galilea,
sin los rencores de su raza oscura
hacia el pueblo escogido de Judea.

No pensó en que la fe, sol de su infancia,
no era la misma que en Salén ardía;
rindióse ante la excelsa Tolerancia,
y oh! sublime Piedad..... ¡Jució tu día!.....

TEOBALDO ELÍAS CORPANCHO.

El chiquillo espía.

—Yo prefería morir á ver que mi hijo
desempeñaba estos oficios.

Desde aquel momento sintió Stenne co-
mo si una mano le oprimiese el corazón difi-
cultando sus latidos.

Para huir de aquella angustia se puso á
beber. Muy luego empezó todo á dar vuel-
tas en rededor suyo. Oyó confusamente, en
medio de risotadas groseras, que su camara-
da se burlaba de los guardias nacionales, de
su modo de hacer el ejercicio, imitaba una
alarma en el Marais, un alerta de noche en
las fortificaciones. Después el muchacho ba-
jó la voz, los oficiales se aproximaron y pu-
sieron serios. El miserable había comen-
zado á prevenirles acerca del proyecto de ata-
que de los franco-tiradores. Entonces Ste-
nne, completamente despejado, se levantó fu-
rioso y dijo:

—Eso no, gran..... No quiero.

El otro no hizo sino reírse, y prosiguió.
Antes de que hubiese terminado, todos los
oficiales estaban de pie. Uno de ellos seña-
lando la puerta á los muchachos, les gritó:

—Largo de aquí.

Y todos los prusianos comenzaron á ha-
blar entre sí muy rápidamente y en alemán.
El mocetón salió, orgulloso como un duque,
haciendo sonar su dinero. Stenne fué tras él
con la cabeza baja, y cuando pasó cerca del
prusiano cuya mirada tanto le había embara-
zado, oyó una voz triste que le decía: *Ni estar
pien esto, ni estar pien* [1].

Los ojos de Stenne se llenaron de lágri-
mas.

Ya en la llanura, los muchachos se die-
ron á correr, y llegaron pronto á las fortifi-
caciones. Su saco estaba lleno de patatas
que les habían dado los prusianos; con esto
pasaron sin dificultad á la trinchera de los
franco-tiradores. Allí estaban preparándose
para el ataque de aquella noche. Llegaban
silenciosamente algunas fuerzas que se agru-
paban detrás de las murallas. El sargento
veterano estaba ocupándose en colocar sus
hombres, con aire de gran contentamiento.—
Cuando los muchachos pasaron, el sargento
los reconoció, y les dirigió una sonrisa cari-
ñosa.

¡Oh! ¡Cuánto daño le hizo al pobre Stenne
aquella sonrisa! Hubo un momento en que
se sintió impedido á gritar: "No vayan Uds.
allí....., nosotros les hemos vendido."

Pero su compañero le había dicho: "Si
hablas, nos fusilan"; y el miedo lo había con-
tenido.

En la Courneuve penetraron en una ca-
sa abandonada para repartir el dinero.

La verdad me obliga á decir que el re-
parto se realizó equitativamente, y que oyen-
do sonar en el bolsillo de su blusa aquellas
monedas, pensando en las partidas de galo-
cha que tenía con ellas en perspectiva, el chi-
quillo Stenne ya no consideraba tan horrible
su crimen.

Pero, ¡ay! ¡cuando se quedó sólo el des-
dichado chiquillo..... cuando ya pasadas
las puertas su cómplice se separó de él, sus
bolsillos comenzaron á parecerle muy pesa-
dos, y la mano que le apretaba el corazón le
apretó más fuerte que nunca. Paris ya no
le parecía el mismo. Los transeúntes lo mi-
raban con severidad, como si todos supiesen
de dónde venía. En el ruido que rodando
producían los carrujes, en el redoblar de los

tambores que hacían ejercicios á lo largo del
canal, parecióle oír la palabra espía. Por fin,
llegó á su casa, y muy contento al ver que su
padre no había regresado, subió con precipi-
tación á su cuarto para ocultar debajo de la
almohada aquellas monedas que le pesaban
tanto.

Nunca había estado el padre de Stenne
tan cariñoso ni tan contento como lo estaba
al volver á su casa aquella noche. Acaba-
ban de llegarle noticias de provincias; las co-
sas comenzaban á mejorar. Mientras comían,
el soldado viejo miraba su fusil colgado en
la pared, y decía á su hijo con risa honrada
y franca:

—¡Eh, muchacho! ¡De qué buena gana
irías tú contra los prusianos si fueras ya
hombre!

A eso de las ocho empezaron á oírse ca-
ñonazos.

—Es Auvervilliers. Se baten en.....
Bourget [dijo el padre de Stenne que conocía
perfectamente todas las fortificaciones]. El
muchacho palideció, y, pretextando una gran
fatiga, se acostó, pero no pudo dormir. Se
figuraba á los franco-tiradores llegando de
noche para sorprender á los prusianos y ca-
yendo ellos en una emboscada. Recordaba al
sargento que les había dirigido aquella son-
risa cariñosa y le veía tendido, allá, entre la
nieve, ¡y á cuántos otros á su lado!.....

....El precio de toda aquella sangre estaba
escondido allí, debajo de su almohada, y era
él, el hijo del señor Stenne, de un solda-
do.... Los sollozos le ahogaban. En la habi-
tación inmediata oía á su padre que paseaba
y que de vez en cuando abría la ventana.—
Abajo, en la plaza, tocaban generala, un ba-
tallón de movilizados se aprestaba á partir.
Indudablemente se había empeñado una ver-
dadera batalla. El infeliz no pudo contener
un sollozo.

—¿Qué tienes?—preguntó su padre en-
trando.

El muchacho no pudo resistir más; sal-
tó de la cama, y fué á postrarse de rodillas á
los pies de su padre. Al movimiento que hi-
zo, las monedas rodaron por el pavimento.

—¿Qué es esto?—¿Has robado? pregun-
tó el viejo temblando.

Entonces, sin tomar aliento una sola vez,
el chiquillo Stenne refirió á su padre que ha-
bía ido al campamento y lo que allí había he-
cho. Conforme iba hablando sentía más des-
ahogado su corazón, consolábase el acusar-
se.... El padre le escuchaba con un aspecto
verdaderamente terrible. Cuando la narra-
ción hubo terminado, ocultó la cabeza entre
las manos y lloró.

—¡Padre! ¡Padre! intentó decir el mu-
chacho.

El padre le rechazó sin responderle, y re-
cogió el dinero.

—¿Está aquí todo?—preguntó.

El chico indicó, moviendo la cabeza, que
sí era todo. Entonces el viejo descolgó su
fusil, su cartuchera, y metiendo el dinero en
el bolsillo, dijo:

—Está bien; voy á devolvérselo.

Y sin pronunciar una sola palabra más,
sin volver siquiera la cabeza, bajó á mezclar-
se con los movilizados que partían en la no-
che. Después nadie á vuelto á verle.

Alfonso Daudet.

La Patti y el ruiñeñor.

EN una mañana de primavera la Patti se

* [1]. Bas chöli, ca..... Bas chöli, aparece en el ori-
ginal, en que se trata de representar con la pronuncia-
ción alemana la frase: Pas jöli, ca..... pas jöli. Para
respetar la intención del autor hemos creído conveniente
traducir con alguna libertad.

paseaba por el Retiro. Se paseaba sola y triste.

De pronto hizo un movimiento con la mano, como si quisiera alejar de su frente melancólicas ideas; tendió una mirada por los alrededores, y cuando se hubo cerciorado de su soledad, lanzó de su garganta un *bouquet* de cohetes musicales.....

Su voz se extendió en notas limpias, ya dulcísimas, ya vibrantes; y estas notas se entrelazaban caprichosamente como niños traviesos que no se cansan de reír y jugar.... Pero, ¿qué digo? aquel trino no era jugar ni reír, ni menos un *bouquet* de pólvora: era un cartucho de monedas de oro que se esparcía rodando sobre una bandeja de plata. Si entonces no la era, á la noche en el Real lo sería.

Su trino fué contestado por otro canto que venía de una espesura..... La Patti enmudeció y palideció de sorpresa y de envidia. Aquella voz había empezado por un preludio tímido; después había encontrado firmeza y limpidez, y se remontaba como un himno al Sol naciente.

Modulaciones brillantes; gorjeos vivos y lijeros; torrentes de canto de imperseguido volubilidad, murmullos interiores, como respiraciones de sueños felices; trinos rapidísimos, como chispas de brillantes que pasan; notas enérgicas de cólera y de celos; suspiros de ángeles, gritos del alma; la canción del amor á la Aurora:—esto oyó la Patti.

La *diva* había hecho un movimiento como el de un capitalista que oye la noticia de que su banquero ha quebrado. Pero se tranquilizó. “Cei,—dijo:—que era una nueva *prima donna*! ¡Por fortuna es sólo un ruiseñor!.....

La Patti se dirigió hacia la espesura y buscó el escenario de hojas en que representaba su ópera el cantante. Cosa extraña: el ruiseñor parecía buscarla; bajó saltando de rama en rama y colocado en una de ellas se puso á mirarla con atención.

Vestía aquel gayarre de pluma, una cascaca parda rojiza; con un chaleco finísimo y medias grises. Y como es usanza en su familia, no hacía más que mover de arriba á bajo la cola. Se conocía ser mucha su arrogancia en todos los movimientos.

Este genio musical pesaría media onza.

La Patti se sentó en un banco de piedra para verle y oírle mejor.

Los ruiseñores son muy susceptibles como artistas. Si otro pajarito canta, si oye un instrumento, si llega á su oído alguna canción, se les ve animarse, crecerse y replicar con entusiasmo..... Si la música que les excita continúa, ellos prosiguen furiosamente.

Entonces es cuando lanzan las notas más robustas, las vibraciones más agudas; los acentos más sublimes. No quieren ser vencidos en el certamen: su mismo canto les embriaga; cantan y deliran; y mientras tienen vida, siguen cantando.

El canto de la Patti había herido el amor propio del músico de los bosques,—¡Ahora sabrá esta *prima donna* lo que es cantar!—dijo, sin duda. Y satisfecho de la curiosidad y de la admiración de que era objeto,

se gallardeó en la rama, y batiendo las alas como para tomar aire y espacio, volvió á sus trinos. Era un reto lanzado á la Patti.

Si la Patti hubiera estado rodeada de gente, hubiera reído y le hubiera escuchado nada más; pero estaba sola y comprendió que podía sacar mucho partido de aquella lección. Escuchó un ratito y luego se levantó y empezó á seguir los giros de la voz del ruiseñor, tratando de imitar y de igualar su canto.

¡Imposible! Cuanto más se acercaba al tono de la canción del ruiseñor, más éste cobraba indignación; su canto palpitaba en su pico, por así decirlo; era una corriente inextinguible, siempre varia, siempre poderosa. Revoloteaba entre las ramas; desafiaba con el pico al cielo; erizaba sus plumas; exhalaba gorgoros de cólera; hinchábase su garganta; sus ojos despedían fulgores, era el demonio del canto, no era un ruiseñor.

La Patti se volvió á sentar admirada, llorosa y vencida.

Ya era tiempo. El ruiseñor desfallecía: su voz se velaba; sus acentos estaban impregnados de una tristeza infinita. Ni brillaban sus ojos como antes; reflejábanse en ellos la opacidad de la muerte; sus alas se movían pesadamente, y sus plumas perdían sus dulces matices rojizos..... Ya le faltaron notas; un estremecimiento convulsivo agitó su cuerpo..... enmudeció, cerró los ojos, y dando un ligero ronquido se soltó de la rama y cayó á los pies de la *Diva*.

¡Había vencido, pero había muerto!

FERNANFLOR.

Ropa apolillada.

LA CUSTODIA DE BOQUI.

(Tradición.)

—Anda, hija, anda, que me pareces la custodia de Boqui.

He aquí una frase, limeñismo puro, que oí muchas veces, cuando era muchacho, á los pisaverdes y alfeñiques de aquel tiempo que, los domingos, se estacionaban bajo los arcos del portal de Botoneros, á inmediaciones de las mistureras, y que no dejaban pasar buena moza sin dispararla una andanada de pipiros.

Las limeñas del tiempo de la saya y manto eran muy dadas á usar alhajas. Con ese vestido no gastaban guantes, y lucían una mano en la que cada dedo ostentaba más anillos que falanjes, y el puño iba aprisionado entre dos ó tres pulseras que figuraban serpientes con escamas brillantadas. Abundaban limeñas por cuya mano derecha, que era la que sujetaba el manto, habría dado un usurero, sin regatear, cuatro ó cinco mil duros.

Yo mismo, cuando empecé á mudar voz y á ponerme ronco, lo que es idéntico á echarla de hombrecito que guiña á las polluelas, á pesar de que no me cautivaba la mano sino el ojo picarón y prometedor que tras el manto fulguraba, solía exclamar:—¡Vaya una reina para alhajada! Ni la custodia de Boqui!

Y así sabía yo quién fué Boqui, y así conocía su custodia tan cacareada, como el gigante Culiculiambro, el del arremangado brazo. Y sospecho que tres cuartos de lo

mismo pasaba, en un punto á ignorancia, á los demás alfeñiques de mi época.

Y entonces ¡vamos! ¿por qué lo decíamos? Por lo de siempre, por decir algo, por hablar á tontas y á locas. (Esto de tontas y locas no va con mis paisanas.)

Ya de gallo viejo y duro de espolones he venido á adquirir largas y auténticas noticias de Boqui y de su custodia; y eso es lo que hoy, pues no soy egoísta, van también á saber los benévolos lectores de mis tradiciones.

Parece que fué en 1810 cuando, con real licencia y con carta de naturaleza vinc desde España á esta ciudad de los reyes del Perú, un joven italiano, platero con título del colegio de platería de Madrid. Don José Boqui, que así se llamaba el huésped, era un mozo elegante y simpático, decididor y gracioso como un andaluz, y en breve se hizo el niño mimado de los salones; pues, amén de que cantaba, bailaba y tocaba el clavecín como un ángel, había llegado provisto de cartas de recomendación para las principales familias de Lima.

El virrey Abascal, que andaba siempre muy sobre la perpendicular con la gente nueva, supo que el platero era íntimo amigo del argentino Miralla, á quien acababa de echar guante por politiquero y por no sé qué conivencias con los revolucionarios de Buenos Aires y Chuquisaca. Dime con quién andas y te diré quién eres—pensó su excelencia y sin más, intimó á Boqui que, en el día, hiciese la maleta y se largara á Méjico ó á España.

En 1814 regresó Boqui, se presentó al virrey, y le comprobó con documentos que era más godo que el vencido en Guadalupe, que odiaba á los patriotas más que el diablo á la cruz, y, por fin, que era más realista que su magestad don Fernando el Deseado y que la Naranjera su manola favorita.

Esta vez traía nuestro italiano dos cajas que iban á ser para él la de Pandora, en Punto á dinero y á no llenarse.

La una contenía un aparato, en pequeño, invento suyo, y muy suyo, para desaguar minas; y la otra encerraba una custodia, maravilla artística del platero, que deslumbraba por la profusión de rubíes, brillantes, zafiros, esmeraldas, ópalos, topacios y demás piedras preciosas.

Con su aparato de desaguar minas no sólo enbaucó á medio Perú sino al mismo rey de España que, por real cédula de 3 de Enero de 1817, al acordarle varias gangas, lo llamó *desinteresado vasallo*, según relata Mendiburu.

Para implantar la maquinaria, en grande, consiguió dinero, y no poco, del Consulado del Comercio y de varios acaudalados mineros de Huarochiri. En efecto, la máquina principió á funcionar; pero las bombas resultaron de escasa potencia, y el agua, en la mina inundada, no mermaba un jeme. Boqui dijo entonces que con aparato de más poder el éxito era infalible, y siguió encontrando bobos que se le asociaran para el gasto.

Pero su mina más productiva fué la custodia. Pedía por esta cuarenta mil duros, y perdía plata según él. Propuso al arzobispo Las-Heras que la comprase para la Catedral de Lima; mas el coro de canónigos declaró que no estaba la cucarachita Martina para cintajos y abalorios.

Entretanto Boqui, bajo garantía de la valiosa custodia, que andaba entre sí la vendía á los dominicos ó la compraban los agustinos, clavaba banderillas á los comerciantes, llegando á firmar documentos, por dinero recibido, hasta la suma de sesenta mil pesos.

En 1821 empezaron los acreedores á ver claro y demandaron á Boqui. El Consulado de Comercio, como acreedor privilegiado, obtuvo que la custodia pasara á depositarse en su tesorería, y se hizo voz general que muchos de los brillantes eran cristal de Bohemia hábilmente pulimentado, y que no pocos de los rubíes, zafiros y topacios, eran vidrio de colores.

Estaba ya nuestro italiano en vísperas de ir á chirona por estafador, cuando aconteció la escapatoria del virrey La Serna y la entrada de San Martín en Lima.

Sólo entonces vino á saberse que don José Boqui, comensal y tertulio de La-Serna, Canterac, Valdez y demás prohombres de la causa realista, había sido nada menos que el principal agente secreto de San Martín. Y tan importantes debieron ser los servicios que prestara, que el Protector creyó justo premiarlo haciéndolo Director de la Casa de Moneda, condecorándolo con la orden del Sol, y, lo que es más, nombrándolo Vocal en la junta calificadora de patriotas. Era preciso que Boqui lo fuese de primera agua para ser dignos de aquilatar á los demás patriotas.

Cuando en Junio de 1823, Canterac, con una fuerte división, se aproximó á Lima, creyó prudente el Gobierno, en previsión de un desastre, dada la inferioridad numérica de la fuerza republicana, embarcar en el Callao la plata labrada y alhajas de los conventos, así como la celeberrima custodia, que el Consulado conservaba en depósito, junto con setenta barras de plata que existían en la Moneda. Boqui fué el comisionado para embarcar ese tesoro (que se estimó en un millon y medio de talle) en una fragata mercante por él contratada, la cual, terminado el embarque, anocheció y no amaneció en el puerto.

Don José Boqui dijo al Capitán:—Velas, buen viento y hasta Génova!—En seguida dirigió una mirada á la playa, é hizo un soberano corte de manga al Perú y á los cándidos Peruanos.

Lima—1891.

RICARDO PALMA.

Palos y varapalos.

(A CASSE TROP.)

RAZÓN de sobra tiene don Leopoldo Alas cuando afirma que ser crítico en nuestros días es la cosa más fácil del mundo, porque para ello sólo se necesitan tres cosas: pluma, papel y un periódico que se preste á publicar cualquier adefesio. Y no se nos vengan los preceptistas diciendo que para serlo se requiere esto, y lo otro, y lo de más allá; y quela erudición, y que el buen gusto, y que tal y demás. Nada, señores: pluma, papel y un periódico.

Si así no fuera ¿creer ustedes que abundaría tanto la especie? Porque no hay revista que no cuente entre sus colaboradores por lo menos media docena de críticos, ni aprendiz de literato que no se crea obligado á escribir una docena de juicios críticos para darse á conocer como notabilidad en el mundo de las letras.

En otros tiempos el número de críticos podía expresarse con un guarismo; hoy ¡progreso admirable! hay más críticos que estrellas.

De ahí que al crítico moderno se le llame criticaastro, esto es, *crítico-astro*.

Esto no lo digo por un señor Casse Trop, que encaramándose en las columnas de "El Heraldo," el domingo 22 de los corrientes, me soltó desde allí una andanada tremenda, con motivo de un soneto mío titulado *El Gran Galeoto*, inserto en la *Lira Costarricense*; sólo que, como dicho señor comienza su censura poniendo cual digan dueñas á los poetas sonetistas, y ó no he querido ser menos y comienzo mi defensa con una alusión á los que sin haber leído más libros que las *Apuntaciones de Cuervo* y los *Ripios* de Valbuena, se echan á críticos y mordedores rabiosos, para tener luego la estéril satisfacción de decir: ¡Ha visto usted como he puesto á Fulanito?

Repito que no me refiero al señor Casse Trop, á quien, si no trato como el dice que lo haría conmigo, esto es, "requiriendo el sombrero, desnudando la cabeza é inclinándola respetuosamente," es porque no creo que la cortesía obligue á *desnudar* la cabeza ó á arrancarse el pelo (que viene á ser lo mismo) en señal de respeto.

Por si acaso lo de la manía de hacer sonetos lo dice por mí el señor Casse Trop, debo advertirle que *El Gran Galeoto* es el único soneto que he escrito, que lo hice en 1882 y que de propósito no quise limarlo para conservar una muestra auténtica de mis primeros atentados poéticos. Conste por consiguiente, que yo no he sonetado más que una vez,.....y pasemos á la crítica.

A guisa de introducción dice el señor Casse Trop que "mis heredas literarias son abundosas en lagunas;" (Ya se conoce por las ranas literarias que de esas lagunas están saliendo)

Copia en seguida el primer verso del soneto:

Leve rumor agita el manso viento,

y habla de esta manera:

"Ese *agita* se parece mucho por detrás al *agiter* gabacho, pero ideológicamente no es pariente ni por afinidad, del *agitar* castellano, que sólo quiere decir *mover violentamente*."

El gabacho será usted, señor Casse Trop, que no ha encontrado palabras castellanas con qué bautizarse: pero *agitar* por *inquietar*, *turbar* lo que *estaba tranquilo*, es perfectamente castizo. Según usted, en los siguientes versos de Calcaño:

"Es la luna! Ya los cielos de azul colgados fulguran; sus frescas alas los céfiros agitan y los perfuman."

los céfiros mueven violentamente las alas, ó en otras palabras, se convierten en desatados huracanes. ¡Qué cosas tiene usted!

Lo que sí se parece, no por detrás, sino por todos lados á una expresión gabacha, es "*desnudar la cabeza*." Oiga usted á Baralt: "Desnudo-a-

"Según Capmany no significa en castellano *descubierto*, y por consiguiente, es galicismo decir "*Cabeza desnuda*" (descubierta, al aire.)"

El mismo Baralt (*Dice de Galicismos*) en el artículo *Salón*, dice algo que viene como anillo al dedo al "aristocrático *salón* del buen gusto" de usted, señor Trop. Ya ve usted que si á caza de galicismos andamos, no soy yo ciertamente el perdidoso.

Adelante.

"Resuena ya cercano con más ruido y al fin atruena el monte estremecido el huracán con su ímpetu violento."

"A más de las tres sinalefas del segundo de estos versos, el *estremecido* es un ripio del tamaño del puño. ¡Porqué *estremecido* el monte, tan de momento, si no hay aún causa para ello?"

Las ondas con las ondas se encontraron, y horrisonas cayeron, y el orbe *estremecido* desgarraron. (Quintana, Al mar)

¿Sabe usted porqué se estremeció el orbe? Porque sobre él cayeron las ondas.

¿Sabe usted porqué se estremeció el monte? Porque contra él se estrellaba el huracán.

¿Queda satisfecha su curiosidad?

Dejando para más adelante tratar de las tres sinalefas que escandalizan al señor Casse, pasemos á otra cosa:

"Eso sin contar con que el huracán no *atruena*, no puede *atronar*, porque ésta es virtud propia de ciertos sujetos bullangueros como el trueno."

Distingamos. *Atronado* es en castellano un adjetivo que se aplica al aturdido, al que habla ó escribe sin meditar lo que dice; pero el verbo *atronar*.....Oigamos á la Academia:

"*Atronar*. Asordar ó perturbar con ruido como de trueno."

La sierra *atronó* el golpe, y con su tarda lengua el eco sonó por las cavernas. (Valbuena, *El Bernardo*)

Aquí hay una sierra que se encuentra en el mismo caso que el monte de marras.

"El huracán puede *devastar* (¿y qué es eso?) *destruirl* *arrasar*, cuanto se quiera, menos *atronar*."

¿Porqué no, señor criti-Casse-Trop? Si usted tuviera tiempo de leer los poetas clásicos hallaría muchos ejemplos, como el ya citado, que le probarían lo infundado de esa censura.

Prosigamos:

"La añosa encina, el álamo opulento, la gallarda palmera, todo hundido en confuso montón queda derruido bajo el embate asolador del viento."

"En el primer verso hay la bicoca de cuatro sinalefas, un *elata* bien cacofónico, y un *opulento* fuera de quicio, vulgo ripio."

Vamos por partes.

Hace poco se escandalizó el señor Casse Trop porque halló tres sinalefas en un verso; ahora se escandaliza con mucho mayor razón porque halla cuatro. Y yo me escandalizo de que mi censor se escandalice por tales pequeñeces, que nunca han constituido un defecto en los versos.

Pruebas al canto.

En la filípica contra los sonetistas se lamentaba Casse Trop de que no abundasen los Argensolas y Moratines; pues bien, un soneto famoso de D. Leandro F. de Moratín comienza de esta manera:

"Rodrigo.

"Cesa en la octava noche el ronco estruendo"

En este verso, amigo Casse Trop, hay, como usted dice, la bicoca de cuatro sinalefas; y en ese soneto, no se escandalice usted! hay además otros cinco versos con tres sinalefas cada uno.

¿Quiere usted más ejemplos? Pues ahí

van, tomados *al azar*, unos cuantos versos en que hay cuatro sinalefas:

"Ya oculta de improviso una alameda (N. de Arce.)

"Ni abatió al débil ni ensalzó al potente. N. de Arce.

"Que en la de Atlante nunca el tiempo alivia. (L. L. de Argensola)

"De entre el estrago universal y horrores (Quintana.)

"Traspasa á Darro y de un horrible estruendo (Espinell.)

"Allí alza un monte, y por su verde espalda (Arriaza.)

Y por si no bastan, le citaré otros versos en que hay cinco sinalefas:

"Ve á Alfredo Ydema, ó la hablan de él, ó mira." (Maury.)

"Que ora manso, ora horrible, en giro eterno (Andrade.)

Y cuenta que no quiero cansar al lector citando ejemplos de versos en que hay seis sinalefas. ¿Qué me dirá ahora el Señor Casse Trop?

Vamos andando.

"Un *elala* bien cacofónico."

Si fuera *alala*, pase; pero *elala* no es tan cacofónico como á usted le parece. ¿De modo que por real decreto de S. M. Casse Trop el pobre *álamo* no podrá llevar en adelante el artículo *el*? Ni *ala*, ni *alazán*, ni *alarma*. Pero, señor ¿qué le han hecho á usted esos infelices? ¡Lástima grande que *monsieur Trop* no hubiera corregido el original de los versos que siguen, para despojarlos de varios *elalas* bien cacofónicos!

"Y otra vez, con *el ala* á tus cristales jugando llamarán." (Bécquer.)

"Ni aun la huella que un ave, rozando con el *ala*, abre en el río." (Núñez de Arce.)

"Leve despliega de fantasma *el ala*" [Arboleda.]

Y delirante *al alazán* anima" [Arboleda.]

Monsieur le critique, con su cabeza desnuda, sus cortesías y su salón aristocrático, es un socarrón de tomo y lomo, capaz de dar quince y raya al escudero de don Quijote: no atreviéndose á clavarles el diente á Bécquer ni á Núñez de Arce, la emprendió conmigo, por aquello de *á tí te lo digo, suegro; entiéndelo tú, mi yerno*. Quedamos enterados de que dichos poetas tienen en sus mejores versos varios *elalas* bien cacofónicos. *Merci, monsieur*.

"Un *opulento* fuera de quicio, vulgo ripio."

Así como á don Quijote, después de leer sus libros de caballerías, se le antojaban castillos las ventas, gigantes los molinos y endriagos los frailes, nuestros quijetillos críticos, después de hojear las sátiras de don Antonio de Valbuena, creen ver un ripio en cada adjetivo que se les pone delante.

Perdone usted, caballero: ese *opulento* no está fuera de quicio, fué colocado allí deliberadamente.

"La añosa encina, el álamo opulento, la gallarda palmera....."

esto es, la vejez respetable, *el poderoso, el hombre notable, el fuerte*, y la juventud llena de gracia, todo lo arrolla la calumnia como el huracán que derriba sin distinción los árboles del bosque.

¿O acaso imaginaba usted que yo hablaba de la encina, del álamo [pase la cacofonía] y de la palmera como podría haber hablado del alcornoque ó del aguacate? No

hay que tomar las cosas tan al pie de la letra, *mon ami*.

Oigamos lo que dice usted en seguida.

"El tercer verso no es verso, y acaso ni verdad: *derruido* dicen los cánones que tiene cuatro sílabas, tanto en poesía como en prosa; luego el verso es largo."

¿Qué han de decir los cánones, hombre! ¿Con que los cánones enseñan á medir versos? Muy desocupados deben de estar los señores canónigos para fijarse en tales pequeñeces.

Sin necesidad de que usted me lo enseñara, ya sabía yo que *derruido* tiene cuatro sílabas. En mis *Estudios gramaticales*, publicados hace tres años en "El Maestro," digo yo que los verbos terminados en *uir* no tienen diptongo en las formas que llevan el acento en la vocal que sigue á la *u*; v. gr: *destru-ir*, *coustru-ir*, *instru-ido*. Pero esto no impide que lo admitan: tanto es así, que la Academia no tilda estos verbos, y escribe: *atribuir*, *distribuir*, etc. ¿Cuántas sílabas cree usted que tienen *ruido* y *juicio*? Tres. Sin embargo, los poetas de hoy, sin excepción, emplean estas palabras como bisílabas; los antiguos, nunca.

También los verbos en *uir* admiten sinéresis, aunque esta práctica no sea muy recomendable. Vaya un ejemplo:

"Vén, hija, vén, que el templo está *derruido*; sus columnas tumbara el vendaval; salva el fuego sagrado allí encendido por un amor que se sintió inmortal." [Carlos Guido y Spano-*A mi hija*.]

Como este ejemplo de mi tocayo podría yo citar muchos, si dispusiera de más tiempo y de la paciencia de los lectores. Luego mi verso no será verdad, pero es verso.

"El primer verso del soneto es

Leve rumor agita el manso viento

el último de los cuartetos es:

bajo el embate asolador del viento;

es decir que una misma palabra es su consonante. Esto es una *avaricia de idioma imperdonable*, sobre todo si se atiende á lo vulgar de los consonantes."

¡*Avaricia de idioma imperdonable*! ¿Y qué es eso, señor criti-Casse-Trop?

A lo sumo sería pobreza de dicción, pero no falta gravísima como á usted le parece, pues esos *vientos* no riman directamente: el primero consuena con *violento*, y el último con *opulento*. La repetición del consonante no arguye pobreza en este caso: la hice adrede, porque así convenía para el contraste: ese *manso viento* del primer verso es el mismo del último, sólo que ha dejado de ser inofensivo para convertirse en huracán furioso. asolador. Tal es la calumnia: así empieza y así acaba.

"Cuanto á los tercetos, casi no hay que reparar, si se exceptúa aquel *social anónimo* que en castellano no es maldita la cosa, y la rima imperfecta que hay entre *oscuro, oculta, puro y sepulta*."

Tiene usted razón, *monsieur Trop*, de no saber lo que significa aquel *social anónimo*, porque no está en el único libro que usted consulta, el *Dicc. de la Academia*.

Procuraré aclararle ese punto oscuro. Figúrese usted que alguien inventase la atroz calumnia de que usted es un gran crítico; y que usted, como es natural, deseara conocer al autor del falso testimonio.

"A mí me lo dijo Fulano." Y á Fulano ¿quién se lo dijo?—Zutano—¿Y á Zutano?—Mengano.

Total, que usted no daría nunca con el inventor de la calumnia. ¿Quién la forjó?

La sociedad-La sociedad es el grande anónimo, el Gran Galeoto. Ya ve usted que media regular distancia entre el papel anónimo que uno recibe, y lo que yo llamo *anónimo social*.

¿Dice usted que hay rima imperfecta entre *oscuro, oculta, puro y sepulta*?

Rima imperfecta es la asonancia, y *oscuro y oculta* no son asonantes en ninguna tierra de garbanzos. Ejemplos á granel podría yo traerle de versos semejantes á los censurados. Defecto sería si los consonantes fuesen *oscuro, oculto, puro y sepulto*, porque todas estas palabras son asonantes; pero las que empleo en los tercetos, créamelo usted, no lo son.

"Por último (¡qué lógica!) hay una lamentable anfibología en los dos primeros versos del soneto. ¿Quién *resuena ya cercano con más ruido*?"

Al principio, no *por último* como usted dice, no hay ninguna anfibología, señor mío: La primera proposición está construida de manera que no deja duda acerca del sujeto de la segunda.

El sujeto de ambas es uno mismo: *el rumor*. ¿Acaso quiere usted proscibir la elipsis así como condenó al pobre *álamo* á no llevar artículo?

Lamentable anfibología hay en *avaricia de idioma imperdonable*, pues aun diciendo: *avaricia imperdonable de idioma*, no es maldita la cosa en castellano.

Lamentable es que usted se empeñe en probarme que mi soneto no sirve, porque yo soy el primero en reconocerlo.

Más lamentable aún es que no haya en nuestros tiempos otro Bretón de los Herberos que castigue la osadía "del que escribe en materias que no entiende, y á diestro y á siniestro desvaria." [Lo digo por mí]

Pero lo más lamentable de todo, *mon cher Casse Trop*, es que usted pretendió *sacarme á mí* y me sacó; pero esa *misa*..... la hemos oído juntos.

CARLOS GAGINI.

25 de marzo de 1891.

SONETOS.

YO

Me hizo nacer la suerte maldecida,
De sombra y luz conjunto inexplicable;
Que oculta en mi corteza despreciable
Arde una alma grandiosa y descreída.

Llevo en mi frente, do la audacia anida,
Un mundo de ilusiones impalpable;
Soy, en fin, un misterio impenetrable,
Que me agita en el sueño de la vida.

Por el cielo á sufrir predestinado
Me llena el mundo de porzoña y duelo;
Mas yo siempre orgulloso y resignado

Contra mi propia pena me revelo,
Y en cada golpe al mundo malhabado
Doy mi desprecio, y mi perdón al cielo.

DULCE FAR NIENTE.

Feliz yo, que tendido boca arriba,
Sin amo, sin mujer, sin nada de eso,
Ni me duelo de Job, ni envidio á Crespo,
Ni me importa que el diablo muera ó viva.

Indiferente á lo que el docto escriba,
En holganza constante me esperezo.
Y después de roncar, Morfeo me priva.

Aquella maldición que Adán nos trajo
De que al hombre le sude hasta su lomo
Para comer un poco de tasajo.

Por una chanza del Señor la tomo;
Pues si yo he de comer de mi trabajo,
Entonces, ¿la verdad?..... mejor no como.

ANTONIO PLAZA.
(Mejicano.)